



## A mi amigo, el arqueólogo Jesús Liz

JESÚS CELIS



**LEÓN.** Lo conocí allá a finales de los años 80 del siglo pasado. Había ganado la plaza de titular de arqueología de la universidad de León en donde yo era becario de investigación, parecía buena gente y buen profesional, el tiempo me daría una respuesta afirmativa y con creces.

Tristemente, el arqueólogo y catedrático de arqueología de la universidad de Salamanca, Jesús Liz Guiral falleció el sábado pasado, 23 de mayo, en Salamanca, dejándome una profunda herida en el corazón como a un montón de amigos, colegas, alumnos y sobre todo a su hija Cristina.

Efectivamente se trataba de un gran profesional, formado en la Universidad de Salamanca y profundamente ligado a la cátedra de Manuel Martín Bueno. Fue profesor en las universidades de Córdoba, en la de León y en Salamanca, investigador especialista en urbanismo romano y un buen conocedor de la edificación romana, amén de otras incursiones en epigrafía, por ejemplo de los vadienses. Publicó varios libros, monografías y artículos en un montón de revistas especializadas. En los lugares por donde le condujo su vida era muy apreciado por sus becarios y doctorandos, amigo personal de sus compañeros docentes, colegas y por sus alumnos que lo adoraban, a los que se los llevaba de excursión a conocer restos arqueológicos y a las excavaciones de Lancia. Precisamente aquí coincidimos en la dirección de las mismas durante XVII campañas repartidas en

19 años, por donde han pasado más de quinientos colaboradores.

Como arqueólogo era valiente e intrépido, no le dolían prendas para hacer arqueología de campo en los restos de Bilbilis, Baelo Claudia, Ategua, Gerasa, etc.; en subirse a un ultraligero para hacer miles de fotos de Lancia, por ejemplo; en ponerse el traje de buzo para hacer arqueología submarina en S. Vicente de la Barquera, Finisterre o en Cávoli, Cerdeña, buscando barcos de la Corona de Aragón; hasta en equiparse para la expedición a La Antártida en la búsqueda del barco perdido S. Telmo.

Investigador comprometido con la protección y defensa del patrimonio en general y con el arqueológico especialmente, resultaba muy combativo cuando hacía falta, ya fuera en los yacimientos salmantinos, los de Córdoba o más recientemente en la conocida postura que mantuvo respecto al soterramiento de los restos de Lancia. Al respecto, siempre decía: "que no me obliguen a sacar el uniforme de catedrático...". Era miembro de Amnistía Internacional y sensible con el débil y el desheredado, favorable en las causas perdidas justas y poco amigo de políticos, banqueros y triunfadores sin escrúpulos.

En el ámbito más personal, Jesús se mostró en todo momento como una de las personas más generosas que he conocido, siempre dispuesto a ayudarte en los trabajos que emprendías, buen colaborador, aportándote su sabiduría y sobre todo su sensatez y contención. Poco dado a salir en los medios de comunicación, se mantenía muy firme y consecuente con su manera de pensar y sus convicciones, pero también era un buenazo y se manifestaba soca-

rrón, con una ironía sana de aragonés, a veces un poco testarudo, en lo que, decía, coincidía con el carácter leonés. En sus buenos tiempos era amante de la buena cocina que practicaba con devoción. Recordaba los magníficos corderos que asaba y las lentejas que le salían insuperables. Citaba frecuentemente a Pepe Carvalho, el célebre investigador privado que inmortalizara Manuel Vázquez Montalbán, intelectual con el que compartía ideario y aficiones.

Para mí, además de todo lo dicho, era una persona entrañable. Estuvimos juntos los veranos en Lancia, visitando yacimientos con sus alumnos e impartiendo charlas, momentos en los que hablábamos de mil asuntos, compartíamos las buenas y las malas experiencias de nuestras vidas, las sensaciones, los éxitos y a veces los sinsabores; un referente necesario y fundamental, el hermano mayor que nunca tuve. Una persona que podría haber dado mucho más de su sabiduría y trabajo pero con una mala suerte como pocos, y que fue a peor desde el fallecimiento de su esposa la también profesora M<sup>a</sup> Teresa Amaré Tafalla.

Con ella compartirá ahora su último descanso en la solana de un valle pirenaico, atalaya desde la que nos observará y siempre nos propondrá un gesto, un abrazo, una invitación y nos dará ánimos para seguir en este desdichado mundo, el que a veces nos arrebató a las mejores personas, las más queridas, las imprescindibles. Va por tí, Jesús Liz, nunca te olvidaremos. Estos días los lancienses nos fundiremos en un abrazo de recuerdo y cariño en tu honor.

**Jesús Celis es arqueólogo y director del Instituto Leonés de Cultura**



Jesús Liz (con sombrero y barba) en una visita a unas excavaciones con los 'alumnos' de Lancia. :: JAVIER REVILLA